

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Año LIV, número 5 (2.754)

Ciudad del Vaticano

4 de febrero de 2022

O somos hermanos o todo se derrumba



En el Ángelus el saludo a los chicos de Acción católica

Recoser la paz en las relaciones personales y en las relaciones entre los Estados

«Hay mucha necesidad de "recoser", empezando por nuestras relaciones personales, hasta las relaciones entre Estados». Lo subrayó el Papa al finalizar el Ángelus del 30 de enero, saludando a los jóvenes de Acción católica diocesana de Roma presentes como cada año en la plaza de San Pedro en la conclusión de la "Caravana de la paz" en el último domingo del mes que la asociación laical dedica a este tema. Asomándose a medio día a la ventana del estudio privado del Palacio apostólico vaticano, el Pontífice había comentado anteriormente el Evangelio propuesto por la liturgia dominical (Lucas 4, 21-30).

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! En la liturgia de hoy, el Evangelio narra la primera predicación de Jesús en su propio pueblo, Nazaret. El resultado es amargo: en lugar de recibir aprobación, Jesús encuentra incompreensión y también hostilidad (cf. Lc 4, 21-30). Sus paisanos, más que una palabra de verdad, querían milagros, signos prodigiosos. El Señor no los realiza y ellos lo rechazan, porque dicen que ya lo conocen de pequeño: es hijo de Jo-

de esto en aquellos padres que son conscientes de la ingratitud de sus hijos, pero no dejan de amarlos y hacerles el bien. Dios es así, pero a un nivel mucho más alto. Y hoy también nos invita a creer en el bien, a no escatimar esfuerzos para hacer el bien. Sin embargo, en lo ocurrido en Nazaret encontramos algo más: la hostilidad hacia Jesús por parte de "los suyos" nos provoca: ellos no fueron acogedores... ¿Y nosotros? Para comprobarlo,



Ante nuestras cerrazones, Él no retrocede: no pone frenos a su amor. Ante nuestras cerrazones, Él sigue adelante. Vemos un reflejo de esto en aquellos padres que son conscientes de la ingratitud de sus hijos, pero no dejan de amarlos y hacerles el bien. Dios es así, pero a un nivel mucho más alto

se (cf. v. 22), etc. Así, Jesús pronuncia una frase que se ha convertido en proverbio para siempre: «Ningún profeta es bien recibido en su tierra» (v. 24). Estas palabras revelan que el fracaso para Jesús no fue del todo inesperado. Conocía a su gente, conocía el corazón de los suyos, sabía el riesgo que corría, contaba con el rechazo. Así que podemos preguntarnos: pero si las cosas estaban así, si previó el fracaso, ¿por qué va a su pueblo? ¿Por qué hacer el bien a personas que no están dispuestas a aceptarte? Es una pregunta que nos hacemos a menudo. Pero es una pregunta que nos ayuda a entender mejor a Dios. Ante nuestras cerrazones, Él no retrocede: no pone frenos a su amor. Ante nuestras cerrazones, Él sigue adelante. Vemos un reflejo

veamos los modelos de acogida que propone Jesús hoy a sus paisanos y a nosotros. Son dos extranjeros: una viuda de Sarepta de Sidón y Naamán, el sirio. Ambos acogieron a los profetas: la primera a Elías, el segundo a Eliseo. Pero no fue una acogida fácil, sino que pasó por pruebas. La viuda acogió a Elías, a pesar de la hambruna y de que el profeta era perseguido (cf. 1 R 17,7-16), era un perseguido político religioso. Naamán, en cambio, a pesar de ser una persona de altísimo nivel, aceptó la petición del profeta Eliseo, que lo llevó a humillarse, a bañarse siete veces en un río (cf. 2 R 5,1-14), como si fuera un niño ignorante. La viuda y Naamán, en definitiva, aceptaron a través de la disponibilidad y la humildad. El modo de acoger a Dios es siempre estar

dispuestos, acogerlo y ser humildes. La fe pasa por aquí: disponibilidad y humildad. La viuda y Naamán no rechazaron los caminos de Dios y sus profetas; fueron dóciles, no rígidos y cerrados. Hermanos y hermanas, también Jesús recorre el camino de los profetas: se presenta como no nos lo esperamos. No lo encuentra quien busca milagros —si nosotros buscamos milagros no encontraremos a Jesús—, quien

busca sensaciones nuevas, experiencias íntimas, cosas extrañas; quien busca una fe hecha de poder y signos externos. No, no lo encontrará. Solo lo encuentra, en cambio, quien acepta sus caminos y sus desafíos, sin quejas, sin sospechas, sin críticas ni caras largas. En otras palabras, Jesús te pide que lo acojas en la realidad cotidiana que vives; en la Iglesia de hoy, tal como es; en los que están cerca de ti cada día, en la concreción de los necesita-

dos, en los problemas de tu familia, en los padres, en los hijos, los abuelos, acoger a Dios allí. Ahí está Él, invitándonos a purificar-nos en el río de la disponibilidad, y en tantos y saludables baños de humildad. Se necesita humildad para encontrar a Dios, para dejarnos encontrar por Él. Y nosotros, ¿somos acogedores, o nos parecemos a sus paisanos, que creían saberlo todo sobre Él? "Yo he estudiado teología, hice ese curso de catequesis... Lo sé todo sobre Jesús". Sí, como un tonto... No hagas el tonto, tú no conoces a Jesús. Quizás, después de tantos años como creyentes, pensamos muchas veces que conocemos bien al Señor, con nuestras propias ideas y juicios. El riesgo es que nos acostumbremos, nos acostumbremos a Jesús. Y ¿cómo nos acostumbramos? Cerrándonos, cerrándonos a sus novedades, al momento en que Él llama a la puerta y te dice algo nuevo, quiere entrar en ti. Tenemos que

dos. Pasado mañana, 1 de febrero, se celebrará el Año Nuevo Lunar en todo el Extremo Oriente, así como en varias partes del mundo. En esta ocasión, dirijo mis cordiales saludos y expreso el deseo de que en el nuevo año todos puedan disfrutar de paz, salud y una vida pacífica y segura. ¡Qué bonito es cuando las familias encuentran ocasiones para reunirse y vivir momentos de amor y alegría! Muchas familias, por desgracia, no podrán reunirse este año a causa de la pandemia. Espero que pronto podamos superar la prueba. Por último, espero que, gracias a la buena voluntad de los individuos y a la solidaridad de los pueblos, toda la familia humana pueda alcanzar con renovado dinamismo metas de prosperidad material y espiritual. En la víspera de la fiesta de san Juan Bosco, quiero saludar a los salesianos y salesianas que tanto bien hacen en la Iglesia. He se-

Jesús recorre el camino de los profetas: se presenta como no nos lo esperamos. No lo encuentra quien busca milagros —si nosotros buscamos milagros no encontraremos a Jesús—, quien busca sensaciones nuevas, experiencias íntimas, cosas extrañas; quien busca una fe hecha de poder y signos externos. No, no lo encontrará

salir de este permanecer fijos en nuestras posiciones. El Señor pide una mente abierta y un corazón sencillo. Y cuando una persona tiene una mente abierta, un corazón sencillo, tiene la capacidad de sorprenderse, de asombrarse. El Señor siempre nos sorprende, ésta es la belleza del encuentro con Jesús. Que la Virgen, modelo de humildad y disponibilidad, nos muestre el camino para acoger a Jesús.

guido la misa celebrada en el santuario de María Auxiliadora [en Turín] por el Rector Mayor, Ángel Fernández Artime, y recé con él por todos. Pensemos en este gran santo, padre y maestro de la juventud. No se encerró en la sacristía, no se encerró en sus cosas. Salió a la calle a buscar a los jóvenes, con esa creatividad que le caracterizaba. Mis mejores deseos para todos los salesianos y salesianas.

Al finalizar el Ángelus el Papa recordó la Jornada mundial de los enfermos de lepra y dirigió una doble felicitación: a los pueblos de Extremo Oriente, que el 1 de febrero celebran el fin de año lunar, y a los salesianos y a las salesianas por la fiesta del fundador san Juan Bosco, que tiene lugar el 31 de enero. Finalmente, saludando a los grupos presentes, invitó a los chicos y chicas de Acción católica de la diócesis de Roma a lanzar al cielo globos de colores traídos como signo de esperanza en la conclusión de la anual "Caravana de la paz".

Saludo a todos, fieles de Roma y peregrinos de diversas partes del mundo. En particular, saludo a los fieles de Torrejón de Ardoz, en España, y a los estudiantes de Murça, en Portugal.

¡Con cariño saludo a los chicos y chicas de la Acción Católica de la Diócesis de Roma! Están aquí en grupo. Queridos jóvenes, también este año, acompañados por vuestros padres, educadores y sacerdotes asistentes, habéis venido —un pequeño grupo, debido a la pandemia— a la conclusión de la Caravana de la Paz. Vuestro lema es "Recosamos la paz". Bonito lema. Es importante. Hay mucha necesidad de "recoser", empezando por nuestras relaciones personales, hasta las relaciones entre Estados. Gracias. ¡Seguid adelante! Y ahora soltad vuestros globos al cielo en señal de esperanza... ¡Bien! Es un signo de esperanza que los jóvenes de Roma nos traen hoy, esta "caravana por la paz". Les deseo a todos un feliz domingo. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí. Buen almuerzo y hasta pronto.

Queridos hermanos y hermanas: Hoy es el Día Mundial contra la Lepra. Expreso mi cercanía a quienes padecen esta enfermedad y espero que no les falte apoyo espiritual y atención sanitaria. Es necesario trabajar juntos para la plena integración de estas personas, superando cualquier discriminación asociada a una enfermedad que, desgraciadamente, sigue afectando a muchos, especialmente en los contextos sociales más desfavoreci-



El acceso a las vacunas y a las curas debe ser garantizado a todos, también a los más pobres: sanaremos si sanamos todos

La información sobre la pandemia debe acercar y no contraponer

El discurso al Consorcio internacional de medios "Catholic fact-checking"

La información sobre la pandemia debe acercar y no contraponer: lo dijo el Papa Francisco en el discurso a los participantes del encuentro promovido por el Consorcio internacional de los medios de comunicación católicos "Catholic fact-checking" recibidos en la mañana del viernes 28 de enero, en la Sala Clementina.

¡Queridos amigos bienvenidos!

Os acoyo hoy para reflexionar junto a vosotros sobre la problemática de la comunicación, en particular sobre el estilo de los comunicadores cristianos frente a algunos temas relacionados con la pandemia del Covid 19. Doy las gracias al señor Montagne por su introducción y saludo de corazón a todos vosotros.

Ya San Pablo VI, en el Mensaje para la Jornada de las comunicaciones sociales de 1972, afirmaba: «El hombre moderno puede reconocer con facilidad que muchas de sus actitudes, juicios, tomas de posición, adhesiones y oposiciones se deben a los conocimientos, cada vez más vastos y rápidos, de opiniones y de comportamiento que le llegan por medio de los instrumentos de comunicación social». Y añade: «la excelencia de la misión del informador que consiste no sólo en destacar aquello que resalta inmediatamente, sino también en indagar los elementos de encuadramiento y de explicación acerca de las causas y las circunstancias de cada uno de los hechos que él debe señalar». Por tanto, este trabajo exige rigor en el método - precisaba Pablo VI -, «el control y la valoración crítica de las fuentes, con fidelidad a los datos observados y con la transmisión integral de los mismos. La responsabilidad es luego más grave aún cuando el comunicador está llamado - como sucede a menudo - a añadir a la simple relación del hecho, elementos de juicio y de orientación». Hace un año pude leer un estudio interesante sobre cómo cambia el contenido de una historia por la atención del escritor a lo que transmite. Es interesante. Hecho por un profesor, Simone Paganini, de la Universidad de Aachen: es interesante cómo estudia este problema del cambio del contenido en la transmisión de una cosa.

El Papa Montini hablaba de la comunicación y de la información en general, pero sus palabras se acercan mucho a la realidad si pensamos en cierta desinformación que circula en la web en nuestros días. De hecho, vosotros os proponéis precisamente de poner en evidencia las *fake news* y las informaciones parciales o engañosas sobre las vacunas contra el Covid-19, y habéis empezado a hacerlo conectando varios medios católicos e involucrando a varios expertos. Vuestra iniciativa nace como un consorcio que se propone estar juntos por la verdad. Y gracias, gracias por esto.

En primer lugar, juntos. Esto, también en el campo de la in-

formación, es fundamental. Hacer red, poner en común capacidades, conocimientos, contribuciones, para poder informar de la forma adecuada, representa ya de por sí un primer testimonio. En un tiempo herido por la pandemia y tantas divisiones -también en las opiniones- el hecho de estar en red como comunicadores cristianos es ya un mensaje. Punto de partida, es un mensaje.

No podemos escondernos que en este tiempo, además de la pandemia, se difunde la "información", es decir la desinformación de la realidad basada sobre el miedo, que en la sociedad global hace ecos resonantes y comentarios sobre noticias falseadas si no inventadas. A este clima puede contribuir, a menudo inconscientemente, también la multiplicación y la superposición de informaciones, comentarios y opiniones llamadas "científicas" que terminan por crear confusión en el lector y en el oyente.

Por eso es importante estar en red y hacer alianza con la búsqueda científica sobre las enfermedades, que avanza y nos permite combatir las mejor. «El saber se comparte, la competencia se intercambia, la ciencia se pone en común» (*Discurso a la Biomedical University Foundation de la Universidad Campus Biomédico*, 18 de octubre de 2021). Esto vale también para las vacunas: «es urgente ayudar a los países que tienen menos, pero hay que hacerlo con planes de largo alcance, no sólo motivados por la prisa de las naciones ricas por ser más seguras. Los medicamentos deben distribuirse con dignidad, no como limosnas piadosas. Para hacer un bien real, necesitamos promover la ciencia y su aplicación integral» (ibid.) Por eso, estar informados correctamente, ser ayudados a entender sobre la base de los datos científicos y no de las *fake news*, es un derecho humano. La correcta información debe ser garantizada sobre todo a aquellos que están menos provistos de medios, a los más débiles, a aquellos que son más vulnerables.

La segunda palabra, después de juntos, es para: juntos para. Es una palabra muy pequeña pero reveladora: nos recuerda que como cristianos estamos contra las injusticias y las mentiras, pero siempre para las personas.

Incluso si el propósito de vuestro consorcio es el de combatir la desinformación, contrastar las *fake news* y la manipulación de las conciencias de los más débiles, no debemos olvidar nunca la diferencia fundamental entre las noticias y las personas. Las *fake news* deben ser contrastadas, pero siempre deben ser respetadas las personas, que a menudo se adhieren a ellas sin plena advertencia ni responsabilidad. El comunicador cristiano hace precisamente el estilo evangélico, construye puentes, es artesano de paz también y sobre todo en la búsqueda de

la verdad. Su enfoque no es de oposición a las personas, no asume actitudes de superioridad, no simplifica la realidad, para no caer en un fideísmo científico. De hecho, la ciencia misma es un continuo aproximarse a la solución de los problemas. La realidad es siempre más compleja de lo que creemos y debemos respetar las dudas, las angustias, las preguntas de las personas, tratando de acompañarlas sin tratarlas nunca con suficiencia. El diálogo con los dudosos.

Como cristianos debemos ser los primeros en evitar la lógica de la contraposición y de la simplificación, tratando siempre de acercar, de acompañar, de responder de forma serena y razonada a las preguntas y a las objeciones. Intentamos trabajar por la información correcta y veraz sobre el Covid-19 y las vacunas, pero sin cavar zanjas, sin guetizar. La pandemia nos invita a abrir los ojos sobre lo que es esencial, sobre lo que realmente vale, sobre la necesidad de salvarnos juntos. Tratamos de estar juntos para y nunca contra. Juntos para. Y recordemos que el acceso a las

vacunas y a las curas debe ser garantizado a todos, también a los más pobres: sanaremos si sanamos juntos. Sobre esto, quisiera subrayar una cosa que siempre he dicho: de una crisis no se sale solos; o se sale juntos, o nadie sale bien. No saldremos iguales: saldremos mejores o peores. Porque la crisis nos pone en dificultad y es necesario encontrar soluciones. Pero el problema -es una trampa psicológica- es cuando la crisis se transforma en conflicto y el conflicto no se resuelve: solamente con la "guerra", con las distancias, con las contraposiciones, y esto es volver siempre atrás y no hacer avanzar el diálogo, el juntos. Nunca hacer que una crisis se convierta en conflicto. No, es una crisis. Estamos en crisis, tratemos de salir juntos.

Finalmente, la última breve reflexión es sobre la palabra verdad. No nos cansemos de verificar las noticias, de presentar de forma adecuada los datos, de estar nosotros mismos siempre en búsqueda. La búsqueda de la verdad no puede inclinarse a una óptica comercial, a los intereses de

los poderosos, a los grandes intereses económicos. No. Estar juntos para la verdad significa también buscar un antídoto a los algoritmos diseñados para maximizar la rentabilidad comercial, significa promover una sociedad informada, justa, sana y sostenible. Sin un correctivo ético, estas herramientas generan ambientes de extremismo y llevan a las personas a peligrosas radicalizaciones -y este es el conflicto. El antídoto contra todo tipo de falsificación es dejarse purificar por la verdad. Es verdad, la verdad purifica. Para el cristiano, la verdad no es nunca solo un concepto que se refiere al juicio sobre las cosas, no, esta es solo una parte de la verdad. La verdad se refiere a la vida entera. «En la Biblia tiene el significado de apoyo, solidez, confianza [...]. La verdad es aquello sobre lo que uno se puede apoyar para no caer. En este sentido relacional, el único verdaderamente fiable y digno de confianza, sobre el que se puede contar siempre, es decir, «verdadero», es el Dios vivo. He aquí

la afirmación de Jesús: «Yo soy la verdad» (Jn 14,6). El hombre, por tanto, descubre y redescubre la verdad cuando la experimenta en sí mismo como fidelidad y fiabilidad de quien lo ama» (*Mensaje para la 52ª Jornada de las Comunicaciones sociales 2018*). Trabajar al servicio de la verdad significa por tanto buscar lo que favorece la comunión y promover el bien de todos, no lo que aísla, divide y contrapone. No lo que nos lleva al conflicto.

Hermanos y hermanas, en nuestras oraciones tengamos siempre presentes a las víctimas de la pandemia y a sus familiares. Y tengamos presentes a aquellos que, sin tener el virus, han muerto en el servicio de la gente enferma. Son los héroes de estos días, muchos héroes escondidos. A vosotros y a vuestros colaboradores os deseo un buen trabajo y de corazón os bendigo. Y por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

¡Gracias!



II Día Internacional de la Fraternidad humana

No es tiempo para la indiferencia

Publicamos a continuación el videomensaje del Papa Francisco para el II Día Internacional de la Fraternidad humana.

Queridos hermanos y hermanas:

Permítanme, antes de nada, saludar con afecto y estima al Gran Imán Ahmed Al-Tayyeb con quien, hace exactamente tres años en Abu Dabi, firmé el Documento sobre la fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común. En estos años hemos caminado como hermanos conscientes de que, respetando nuestra respectivas culturas y tradiciones, estamos llamados a construir la fraternidad como una defensa contra el odio, la violencia y la injusticia.

Agradezco a todos aquellos que nos han acompañado en este camino: a Su Alteza el Jeque Mohamed bin Zayed Al-Nahyan por su constante compromiso en esa dirección, al Alto Comité para la Fraternidad Humana por las distintas iniciativas promovidas en distintas partes del mundo y a la Asamblea General de las Naciones Unidas porque con la resolución de diciembre de 2020 ha permitido celebrar hoy el Segundo Día Internacional de la Fraternidad Humana. Y la gratitud se extiende a todas las instituciones civiles y religiosas que sostienen esta noble causa.

La fraternidad es uno de los valores humanos y universales que debería estar en la base de las relaciones entre los pueblos, de manera que cuantos sufren o son desfavorecidos no se sientan excluidos y olvidados, sino acogidos, sostenidos como parte de la única familia humana. ¡Somos hermanos!

Todos, en nuestro compartir sentimientos de fraternidad los unos por los otros, debemos hacernos promotores de una cultura de la paz, que anime el desarrollo sostenible, la tolerancia, la inclusión, la comprensión recíproca y la solidaridad.

Todos vivimos bajo el mismo cielo, in-

dependientemente de dónde y de cómo vivimos, del color de la piel, de la religión, de la clase social, del sexo, de la edad, de las condiciones de salud y de las económicas. Somos todos distintos y, al mismo tiempo, iguales, y este periodo de pandemia nos lo ha demostrado. Lo repito una vez más: solos no nos salvamos.

Vivimos todos bajo el mismo cielo, y en el nombre de Dios, nosotros que somos sus criaturas, debemos reconocernos hermanos y hermanas. Como creyentes, pertenecientes a distintas tradiciones religiosas, tenemos un papel que cumplir. ¿Cuál sería? Ayudar a nuestros hermanos y hermanas a elevar su mirada y su oración al Cielo. Levantemos los ojos al Cielo, porque quien adora a Dios con un corazón sincero ama también al prójimo. La fraternidad nos lleva a abrirnos al Padre de todos y a ver en el otro un hermano, una hermana, a compartir la vida, a sostenernos recíprocamente, a amar y conocer a los demás.

Vivimos todos bajo el mismo cielo. Hoy es el tiempo oportuno para caminar juntos. No lo dejemos para mañana o para un futuro que no sabemos si llegará; hoy es el tiempo oportuno para caminar juntos, los creyentes y todas las personas de buena voluntad, juntos. Es un día propicio para darse la mano, para celebrar nuestra unidad en la diversidad, unidad no uniformidad, unidad en la diversidad, para decir a las comunidades y a las sociedades en las que vivimos que ha llegado el tiempo de la fraternidad. Todos juntos, porque es fundamental ser solidarios los unos con los otros. Y por eso hoy, lo repito, no es tiempo para la indiferencia, o somos hermanos o todo se derrumba. Y no se trata absolutamente de una expresión literaria de tragedia, no, sino de la verdad. O somos hermanos o todo se derrumba. Lo constatamos en las pequeñas guerras actuales, en esta tercera guerra mundial en pedazos. Cómo se destruyen los pueblos, cuánta

hambre pasan los niños, cómo se derrumba la educación. Es una destrucción. O somos hermanos o todo se derrumba.

No es momento para olvidar. Debemos recordar cada día lo que Dios le dijo a Abrahán: que cuando levantara la mirada hacia las estrellas del cielo, vería la promesa de su descendencia, es decir a nosotros (cf. *Encuentro interreligioso en Ur*, 6 marzo 2021). Una promesa que, de hecho, se ha cumplido también en nuestras vidas; la promesa de una fraternidad amplia y luminosa como las estrellas del cielo.

Queridas hermanas y queridos hermanos, querido hermano Gran Imán.

El camino de la fraternidad es largo, difícil, pero es ancla de salvación para la humanidad. A las muchas señales de amenaza, a los tiempos oscuros, a la lógica del conflicto opongamos el signo de la fraternidad que, acogiendo al otro y respetando su identidad, lo impulsa a recorrer un camino común. No iguales, no; hermanos, pero cada uno con la propia personalidad, con la propia singularidad.

Gracias a todos los que trabajan con la convicción de que se puede vivir en paz y armonía, conscientes de la necesidad de un mundo más fraterno porque todos somos criaturas de Dios, hermanos y hermanas.

Gracias a los que se unirán a nuestro camino de fraternidad. Animo a todos a comprometerse con la causa de la paz y responder a los problemas y a las necesidades concretas de los últimos, de los pobres, de los indefensos. La propuesta es la de caminar el uno al lado del otro, "hermanos todos", para ser concretamente constructores de paz y de justicia, en la armonía de las diferencias y en el respeto de la identidad de cada uno. Hermanas y hermanos, vayamos adelante juntos por este camino de la fraternidad. Muchas gracias.

«El recorrido sinodal que estamos viviendo interpela también este encuentro nuestro, porque involucra también al ámbito judicial y vuestra misión al servicio de las familias, especialmente de las heridas, esas necesitadas del bálsamo de la misericordia». Lo dijo el Papa recibiendo la mañana del 27 de enero, en la Sala Clementina, a los prelatos auditores, los oficiales, los abogados y los colaboradores del Tribunal de la Rota Romana, con ocasión de la solemne inauguración del año judicial. Publicamos a continuación del discurso.

¡Excelencia, queridos prelatos auditores!

Dirijo a cada uno de vosotros mi cordial saludo, empezando por el decano, monseñor Alejandro Arellano Cedillo, a quien doy las gracias por sus palabras. Y gracias por las dos últimas cosas que ha pedido al Papa: consuelo y bendición. Me gusta. Es una petición pastoral. Gracias.

Saludo a los oficiales, a los abogados y a los otros colaboradores del Tribunal apostólica de la Rota Romana. A todos les presento mis mejores deseos para el Año judicial que hoy inauguramos.

El recorrido sinodal que estamos viviendo interpela también este encuentro nuestro, porque involucra también al ámbito judicial y vuestra misión al servicio de las familias, especialmente de las que están heridas, aquellas necesitadas del bálsamo de la misericordia.^[1] En este año dedicado a la familia como expresión de la alegría del amor, tenemos hoy la ocasión de reflexionar sobre la sinodalidad en los procesos de nulidad matrimonial. El trabajo sinodal, en efecto, aunque no tenga una naturaleza estrictamente procesal, sin embargo debe ser puesto en diálogo con la actividad judicial, para favorecer un replanteamiento más general de la importancia que la experiencia del proceso canónico tiene para la vida de la fieles que vivieron un fracaso matrimonial y, al mismo tiempo, para la armonía de las relaciones dentro de la comunidad eclesial. Preguntémos entonces en qué sentido la administración de la justicia necesita un espíritu sinodal.

En primer lugar, la sinodalidad implica caminar juntos. Superando una visión distorsionada de las causas matrimoniales, como si en ellas se afirmaran meros intereses subjetivos, hay que redescubrir que todos los partici-



El discurso al Tribunal de la Rota romana

La sinodalidad en la justicia re

pantes en el proceso están llamados a contribuir al mismo objetivo, el de hacer resplandecer la verdad sobre una unión concreta entre un hombre y una mujer, llegando a la conclusión sobre la existencia o no de un verdadero matrimonio entre ellos. Esta visión del caminar juntos hacia un fin común no es nueva en la comprensión eclesial de estos procesos. A propósito, es célebre el discurso a la Rota Romana en el cual el venerable Pío XII afirmó que «la unidad del objetivo, que debe dar especial forma a la obra y a la colaboración de todos aquellos que participan en el tratamiento de las causas matrimoniales en los tribunales

eclesiásticos de todo nivel y especie, y debe animarlos y unirlos en una misma unidad de intención y acción».^[2] Con esta óptica él delineó la tarea de cada participante en el proceso para buscar la verdad, manteniendo cada uno la fidelidad a su rol. Esta verdad, si se ama de verdad, se vuelve liberadora.^[3] Ya en la fase prejudicial, cuando los fieles se encuentran en dificultad y buscan una ayuda pastoral, no puede faltar el esfuerzo para descubrir la verdad sobre la propia unión, presupuesto indispensable para poder llegar a la sanación de las heridas. En este marco se comprende la importancia del compromiso para

favorecer el perdón y la reconciliación entre los cónyuges, y también para convalidar eventualmente el matrimonio nulo cuando esto es posible y prudente. Así se comprende también que la declaración de nulidad no debe ser presentada como si fuera el único objetivo a alcanzar frente a una crisis matrimonial, o como si esto constituyera un derecho independientemente de los hechos. Al considerar la posible nulidad es necesario hacer reflexionar a los fieles sobre los motivos que les mueven a pedir la declaración de nulidad del consentimiento matrimonial, favoreciendo así una actitud de acogida de la sentencia

definitiva, aunque no corresponda con la propia convicción. Solo de esta manera los procesos de nulidad son expresión de un efectivo acompañamiento pastoral de los fieles en sus crisis matrimoniales, lo que significa ponerse a la escucha del Espíritu Santo que habla en la historia concreta de las personas. Hace dos o tres años hablamos del catecumenado matrimonial. El mismo objetivo de búsqueda compartida de la verdad debe caracterizar cada etapa del proceso judicial. Es verdad que en el proceso tiene lugar, a veces, una dialéctica entre tesis contrastantes; sin embargo, lo contradictorio entre las partes debería desarrollarse siempre en la adhesión sincera a lo que para cada uno aparece como verdadero, sin cerrarse en la propia visión, pero estando abiertos también a la contribución de los otros participantes en el proceso. La disponibilidad a ofrecer la propia versión subjetiva de los hechos se vuelve fructífera en el cuadro de una adecuada comunicación con los otros, que sabe llegar también a la autocrítica. Por eso no es admisible cualquier voluntaria alteración o manipulación de los hechos, dirigida a obtener un resultado pragmáticamente deseado. Aquí me paro, y pido disculpas, para señalar un peligro muy grande. Cuando no se supera esto, también los abogados pueden hacer daños terribles. Hace un mes un obispo vino a quejarse, porque tenía un problema con un sacerdote. Un problema grave, no matrimonial, un problema de disciplina grave que merecía ir a juicio. El juez del tri-

bunal nacional -no estoy hablando de este o aquel país- llamó al obispo y le dijo: «He recibido esto. Yo haré lo que usted me diga. Si usted me dice que le condene, le condeno; si usted me dice que le absuelva, le absuelvo». ¡Esto puede suceder! Se puede llegar a esto si no hay unidad en los procesos también con sentencias opuestas. Ir juntos, porque ¡está en juego el bien de la Iglesia, el bien de la gente! No es una negociación que se hace. Perdonadme, pero esta anécdota me ha iluminado mucho. Este «ir juntos» en el juicio vale para las partes y sus clientes, para los testigos llamados a declarar según la verdad, para los pe-





na para la inauguración del año judicial

quiere escucha y discernimiento

ritos que deben poner al servicio del proceso su ciencia, así como en modo singular para los jueces. De hecho la administración de la justicia en la Iglesia es una manifestación del cuidado de las almas, que requiere preocupación pastoral para ser servidores de la verdad salvífica y de la misericordia. Este *ministerium veritatis* asume un peculiar relieve en los obispos, cuando juzgan en primera persona, sobre todo en los procesos más breves, así como cuando ejercitan su responsabilidad hacia los propios tribunales, mostrando también así su preocupación paterna en relación con los fieles. Y vuelvo sobre una cosa que desde el pri-

mer momento he dicho siempre: el juez originario es el obispo. El decano me ha saludado diciendo: “el Papa, juez universal de todas...”. Pero esto es porque soy obispo de Roma y Roma preside todo, no porque tengo otro título. Gracias por esto. Si el Papa tiene esta potestad es porque es obispo de la diócesis de la que el Señor ha querido que el obispo fuera el Papa. El verdadero y primer [juez] es el obispo, no el vicario judicial, el obispo. La sinodalidad en los procesos implica un ejercicio constante de escucha. También en este ámbito es necesario aprender a escuchar, que no es simplemente oír. Es necesario comprender la

visión y las razones del otro, casi identificándose con el otro. Como en otros ámbitos de la pastoral, también en la actividad judicial es necesario favorecer la cultura de la escucha, presupuesto de la cultura del encuentro. Por eso son perjudiciales las respuestas estándar a los problemas concretos de las personas individuales. Cada una de ellas, con su experiencia a menudo marcada por el dolor, constituye para el juez eclesialístico la concreta “periferia existencial” de la que debe moverse toda acción pastoral judicial.

El proceso requiere también una atenta escucha de lo que se argumenta y demuestra por las partes. De particular importancia es la investigación, encaminada a la constatación de los hechos, que exige a quienes la conducen saber conjugar la adecuada profesionalidad con la cercanía y la escucha. Y esto, ¿requiere tiempo? Sí, requiere tiempo. ¿Requiere paciencia? Sí, requiere paciencia. ¿Requiere paternidad pastoral? Sí, requiere paternidad pastoral. Los jueces deben ser oyentes por excelencia de todo lo que emerge en el proceso a favor y en contra de la declaración de nulidad. Están obligados a ello en virtud de un deber de justicia, animado y sostenido por la caridad pastoral. De hecho, «la misericordia es la plenitud de la justicia y la manifestación más luminosa de la verdad de Dios» (Exhort. ap. postsin. *Amoris laetitia*, 311). Además, -como suele suceder- hay un colegio de jueces, cada juez debe abrirse a las razones presentadas por los otros miembros para llegar a un juicio ponderado. En

este sentido, en vuestra acción de ministros del tribunal, no debe faltar nunca el corazón pastoral, el espíritu de caridad y de comprensión hacia las personas que sufren por el fracaso de su vida conyugal. Para adquirir tal estilo es necesario evitar el callejón sin salida del legalismo, que es una especie de pelagianismo legal; no es católico, el legalismo no es católico-, es decir, de una visión autorreferencial del derecho. La ley y el juicio están siempre al servicio de la verdad, la justicia y la virtud evangélica de la caridad.

Otro aspecto de la sinodalidad de los procesos es el discernimiento. Porque el sínodo no es

solamente preguntar opiniones, no es una encuesta, en la que vale lo mismo lo que cada uno dice. No. Eso que uno dice entre en el discernimiento. Se necesita capacidad de discernir. Y no es fácil el discernimiento. Se trata de un discernimiento fundado en el caminar juntos y en la escucha, y que permite leer la concreta situación matrimonial a la luz de la Palabra de Dios y del magisterio de la Iglesia. La decisión de los jueces aparece así como un descenso a la realidad de un hecho vital, para descubrir en ella la existencia o no de ese hecho irrevocable que es el consentimiento válido en que se funda el matrimonio. Solo así pueden

aplicarse de forma fructífera las leyes relativas a las formas individuales de nulidad matrimonial, como expresiones de la doctrina y de la disciplina de la Iglesia sobre el matrimonio. Aquí opera la prudencia del derecho, en su sentido clásico de *recta ratio agibilium*, es decir, virtud que juzga según la razón, o sea con rectitud en el ámbito práctico. Volviendo a ese ejemplo: “¿Qué quiere? ¿Lo condeno o lo libero?”.

El resultado de este camino es la sentencia, fruto de un atento discernimiento que conduce a una palabra de verdad sobre la vivencia personal, destacando así los caminos que pueden abrirse desde allí. La sentencia, por tanto, debe ser comprensible para las personas implicadas: solo así se convertirá en un momento de especial relevancia en su camino humano y cristiano.

Queridos prelados auditores, de estas consideraciones que deseaba presentaros emerge cómo la dimensión de sinodalidad consiente resaltar las características esenciales del proceso.

Os animo, por tanto, a proseguir con fidelidad y laboriosidad renovadas vuestro ministerio eclesial al servicio de la justicia, inseparable de la verdad y, en definitiva, de la *salus animarum*. Un trabajo que manifiesta el rostro misericordioso de la Iglesia: rostro materno que se inclina ante cada fiel para ayudarlo a hacer verdad sobre sí mismo, aliviándolo de las derrotas y del cansancio e invitándolo a vivir en plenitud la belleza del Evangelio. Renuevo mi estima y gratitud a cada uno. Pido al Espíritu Santo que acompañe siempre vuestra actividad y os bendiga de corazón.

Y no os olvidéis de rezar. Que la oración siempre os acompañe. “Estoy ocupado, tengo que hacer muchas cosas...”. Lo primero que tienes que hacer es rezar. Rezar para que el Señor esté cerca de ti. Y también conocer el corazón del Señor: lo conocemos en la oración. Y los jueces rezan, y tienen que rezar, dos o tres veces más. Por favor, no os olvidéis también de rezar por mí, se entiende. Gracias.

[1] Cfr *Bolla Misericordiae Vultus*, 5: AAS 107 [2015], 402.

[2] *Discurso a la Rota Romana*, 2 de octubre de 1944: AAS 36 [1944], 281.

[3] Cfr *Jn* 8,32.



Entrevista a Mariella Enoc: presidenta del Hospital pediátrico Bambino Gesù

Os cuento el amor de los padres que supera todas las pruebas

ALESSANDRO GISOTTI

El heroísmo cotidiano de los padres, evocado por el Papa Francisco en la entrevista publicada recientemente por nuestro periódico, es también el de las madres y los padres que viven la experiencia más dolorosa y, en muchos sentidos, incomprensible que una persona -incluso apoyada en la fe- debe soportar: la enfermedad y el sufrimiento de sus propios hijos. "¿Por qué sufren los niños?" se preguntaba Dostoievski, y con él cada uno de nosotros. La persona que se encuentra cada día con estas familias, en su dolor y sus esperanzas, es Mariella Enoc, desde 2015 presidenta del "Bambino Gesù", el mayor hospital pediátrico de Europa. Le pedimos a ella, que nos acogió en este lugar de sufrimiento y amor que "secuestró su corazón", y que nos dejara "entrar" idealmente y de puntillas en las salas del hospital para tocar esa fuerza heroica de la que habla el Papa.

En la entrevista con L'Osservatore Romano, el Papa subrayó que los padres que afrontan cualquier obstáculo por el bien de sus hijos son héroes. ¿Qué significa para usted, para su misión en el Bambino Gesù, el testimonio diario de los padres de los niños ingresados en su hospital?

Los padres demuestran un gran valor, sobre todo una tenacidad y un amor que pueden llegar al heroísmo. Pienso en los padres que vienen de países donde no se puede tratar a los niños y a los que acogemos. Llegan aquí, no conocen el idioma, no conocen la cultura, no conocen el entorno. Les damos un mediador cultural para que dialoguen con los médicos, pero por lo demás estas personas viven aisladas. Así que también son héroes. Los padres son héroes que también saben mantener una sonrisa, una actitud serena. A menudo les digo a las madres: "Vayan



jando para que el hospital tenga una ubicación más digna. Hay padres que duermen durante meses y meses en un catre junto a la cama de su hijo. Recuerdo -cuando me nombraron- cuántos padres dormían en el coche, porque la madre dormía con su hijo. Hoy también tenemos un hogar para ellos. La fuerza de los padres es realmente grande. Así que sí, en este sentido podemos decir que son héroes, ¡héroes del amor! Son personas reales que saben amar, que saben mirar a sus hijos a los ojos y disfrutar en cuanto su hijo les sonrío y les anima, porque los hijos suelen animar a sus padres.

¿Hay alguna historia, entre las muchas que le han impactado, que también pueda dar un mensaje de esperanza para estos padres que están viviendo la misma situación?

Hoy, por ejemplo, de la leucemia se sana en un 85% de los casos. Se trata de un mensaje de esperanza, porque hace tiempo la palabra "leucemia" se escuchaba como una sentencia de muerte. Tras-

tar atención al respirador. Esto les permite llevárselos a casa. Después volverán, pero debe ser un lugar donde se sientan cuidados. La terrible historia de Charlie Gard y Alfie Evans me dejó una profunda impresión. Me dije: "Los niños, sin ensañamiento terapéutico, aunque no se curen, pueden ser cuidados".

El Covid ha hecho todo más difícil en las relaciones humanas. ¿Cómo se organizan en el Bambino Gesù para que la vida sea lo más "normal" posible para los padres y los niños que están aquí en su hospital?

En primer lugar, permitiendo que los padres estén presentes en todo momento. Luego, tengo que decir que, por ejemplo, he querido que los padres -incluso antes del Covid- pudieran entrar en cuidados intensivos junto a los niños, porque para mí era terrible pensar en los padres fuera de la puerta esperando noticias sobre sus hijos. Así que pedí que entraran en cuidados intensivos. Los médicos se resistieron un poco, pero luego se dieron cuenta de que eso ayudaba a mejo-

los médicos. Al ser padres, entienden aún más el sufrimiento. Médicos que se levantan de la mesa el día de Navidad y van a Grecia a recoger a un niño que necesita ser hospitalizado o a transportar un corazón que puede ser trasplantado. En una época en la que ha aumentado el número de niños que dan positivo en la prueba de Covid, ha habido médicos que -sin estar de guardia o de servicio- han pasado tranquilamente las Navidades y el Año Nuevo, pero sin sentirse héroes. Lo hacen de forma natural, espontánea. Creo que es una gran característica de este hospital, de esta comunidad humana y científica. Luego hay un tono que no exaltamos pero que está muy presente: un susurro espiritual. En la comunicación, en el amor, en la empatía, este sentido de una espiritualidad vivida, de una espiritualidad encarnada, realmente aparece.

El Bambino Gesù está en Roma, pero en los últimos años ha ampliado cada vez más sus horizontes para ayudar a los niños en zonas de guerra o de extrema pobreza: Siria, África Central, Camboya... ¿Cuál es su sueño para el futuro próximo en cuanto a este compromiso?

Estamos haciendo un gran trabajo de formación. Lo que sí podemos hacer es donar el caudal de conocimientos que tiene este hospital: la investigación científica en la que tanto invertimos. Todo esto es una gran riqueza de conocimientos. Y no puede ser sólo nuestra. Tenemos que dárselo a los demás. Así que para mí lo más importante es la formación que hemos realizado, muchas veces en persona, ahora también a través de una plataforma online multilingüe. Comunicando también a países donde algunos piensan que no es posible recibir. Hay que creer en estas personas, hay que creer en ellas, de lo contrario siempre se quedarán atrás. En Siria, por ejemplo, trabajamos con el hospital público. Nuestros médicos fueron, en una época difícil, a enseñar a los jóvenes médicos. No te puedes imaginar la satisfacción cuando pudieron hacer ciertos procedimientos. Este hospital era un infierno, pero creímos en él y en lugar de aportar algo -medicinas, maquinaria- aportamos experiencia, conocimientos. No nos dejamos llevar por el paternalismo. Ahora estamos llevando a cabo un proyecto de formación a distancia para el personal sanitario de Libia. Estas son las cosas que considero más importantes hoy en día. Seguimos empeñados en hacerlas y creo que también es un regalo que el Papa hace al mundo.



a la peluquería, porque sus hijos necesitan verlas guapas, serenas". Y también tienen el valor de hacerlo. Por supuesto, también hay padres que no saben salir de la cama con sus hijos, y esto a veces crea problemas en la pareja y también problemas con los hermanos sanos en casa. Realmente es un mundo. Es un mundo complejo en el que muchos padres consiguen incluso ser voluntarios en el mismo pabellón donde murió uno de sus hijos, y eso me parece excepcional. Los padres tienen una fuerza extraordinaria para sus hijos... Hay tardes en las que cuando salgo del hospital sufro mucho al ver a la gente en el patio, sentada en el suelo... Por eso ahora estoy traba-

plantes: aquí se realizan trasplantes de hígado, riñón, corazón... ¡Cuántos padres dan una parte de su hígado a sus hijos o dan un riñón a sus hijos! Esto es un motivo de esperanza, porque existe la posibilidad de la vida. Luego pensamos en todas las enfermedades dismetabólicas muy graves. A finales de febrero abriremos el primer centro de cuidados paliativos, y tengo mucho interés en llamarlo "Centro de cuidados paliativos", porque, retomando el mensaje del Papa para el Día del Enfermo, hay que cuidar siempre a los que no se pueden curar. ¡Así que los cuidamos! No es un hospicio: es un lugar de cuidados en el que los padres también aprenden a cuidar de sus hijos, a cambiar la PEG, a pres-

rar el estado del niño. Por ejemplo, cuando los niños ingresaban en la sede de Palidoro, si el padre era positivo aún más, pero incluso si no era positivo, se quedaba en la habitación con el niño. Tuvimos el caso de un chico autista de 17 años al que siempre tuvimos que proporcionar una enfermera porque mantener a un chico autista encerrado en una habitación es realmente complicado, pero su madre siempre estuvo allí.

Ha hablado del heroísmo de los padres de los niños ingresados en el Bambino Gesù. Pero muchos de sus médicos, enfermeras y trabajadores sanitarios también son padres. ¿Qué es lo que más admira de ellos? Este es un hospital muy especial, donde hay una gran dedicación de

El informe de Múnich y la lucha de Ratzinger contra los abusos

ANDREA TORNIELLI

Las palabras utilizadas durante la conferencia de prensa para presentar el informe sobre los abusos en la diócesis de Múnich, así como las setenta y dos páginas del documento dedicado al breve episcopado bávaro del Cardenal Joseph Ratzinger, han llenado las páginas de los periódicos en la última semana y han provocado algunos comentarios muy fuertes. El Papa emérito, con la ayuda de sus colaboradores, no eludió las preguntas del estudio de abogados encargado por la diócesis de Múnich de elaborar un informe que examina un período muy largo, desde el episcopado del Cardenal Michael von Faulhaber hasta el del actual Cardenal Reinhard Marx. Benedicto XVI respondió con 82 páginas, tras haber podido examinar parte de la documentación en los archivos diocesanos. Como era previsible, han sido los cuatro años y medio de Ratzinger al frente de la diócesis bávara los que acapararon la atención de los comentarios. Algunas de las acusaciones ya se conocían desde hace más de diez años y ya habían sido publicadas por importantes medios de comunicación internacionales. Son cuatro los casos cuestionados actualmente contra Ratzinger, y su secretario particular, Monseñor Georg Gänswein, ha anunciado que el Papa emérito emitirá una declaración detallada cuando haya terminado de examinar el informe. Mientras tanto, se puede reiterar con fuerza la condena de estos crímenes, siempre reiterada por Benedicto XVI, y se puede volver a lo que se ha hecho en los últimos años en la Iglesia desde su pontificado.

El abuso de menores es un crimen terrible. El abuso de menores por parte de los clérigos es posiblemente un delito aún más repugnante, y así lo han repetido los dos últimos Papas sin cansarse: clama en venganza ante Dios que los pequeños sufran violencia a manos de los sacerdotes o religiosos a los que sus padres les confían la educación en la fe. Es inaceptable que sean víctimas de depredadores sexuales que se esconden tras el hábito eclesial. Las palabras más elocuentes sobre este tema siguen siendo las de Jesús: quien escandalice a los pequeños, más vale que se ate una piedra de molino al cuello y se arroje al mar. No hay que olvidar que Ratzinger, como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe ya había combatido el fenómeno en la última fase del pontificado de San Juan Pablo II, del que había sido un estrecho colaborador, una vez convertido en Papa, promulgó normas durísimas contra los clérigos abusadores, verdaderas leyes especiales para combatir la pederastia. Además, Benedicto XVI dio testimonio, con su ejemplo concreto, de la urgencia del cambio de mentalidad tan importante para combatir el fenómeno de los abusos: escuchar y estar cerca de las víctimas a las que siempre hay que pedir perdón. Durante demasiado tiempo, los niños abusados y sus familiares han sido mantenidos a distancia, en lugar de ser considerados como personas heridas a las que hay que acoger y acompañar por caminos de curación. Desgraciadamente, a menudo han sido distanciados e incluso señalados como "enemigos" de la Iglesia y de su buen nombre.

Fue el propio Joseph Ratzinger el primer Papa que se reunió con las víctimas de abusos varias veces durante sus Viajes Apostólicos. Fue Benedicto XVI, incluso en contra de la opinión de muchos autodenominados "ratzingeristas", quien, en medio de la tormenta de escándalos en Irlanda y Alemania, propuso el rostro de una Iglesia penitente, que se humilla pidiendo perdón, que siente consternación, remordimiento, dolor, compasión y cercanía. Es precisamente en esta imagen penitencial donde reside el corazón del mensaje de Benedicto. La Iglesia no es un negocio, no se salva solo por las buenas prácticas o por la aplicación, aunque indispensable, de normas estrictas y eficaces. La Iglesia necesita pedir perdón, ayuda y salvación al Único que puede darlo, al Crucificado que siempre ha estado del lado de las víctimas y nunca de los verdugos. Con extrema lucidez, en el vuelo a Lisboa en mayo de 2010, Benedicto XVI reconoció que "los sufrimientos de la Iglesia proceden precisamente de dentro de la Iglesia, del pecado que hay en la Iglesia. También esto se ha sabido siempre, pero hoy lo vemos de modo realmente tremendo: que la mayor persecución de la Iglesia no procede de los enemigos externos, sino que nace del pecado en la Iglesia y que la Iglesia, por tanto, tiene una profunda necesidad de volver a aprender la penitencia, de aceptar la purificación, de aprender, por una parte, el perdón, pero también la necesidad de la justicia. El perdón no sustituye la justicia". Palabras precedidas y seguidas de hechos concretos en la lucha contra la lacra de la pederastia clerical. Todo esto no puede olvidarse ni borrarse.

Las reconstrucciones contenidas en el informe de Múnich, que -hay que recordar- no es una investigación judicial ni una sentencia definitiva, ayudarán a combatir la pederastia en la Iglesia si no se reducen a la búsqueda de chivos expiatorios fáciles y a juicios sumarios. Solo evitando estos riesgos podrán contribuir a la búsqueda de la justicia en la verdad y a un examen de conciencia colectivo sobre los errores del pasado.

La necesidad de un cambio de perspectiva

Destinar a la lucha contra el hambre los recursos invertidos en armas

FERNANDO CHICA ARELLANO

«Que se vacíen los arsenales, se llenen los graneros» dijo el entonces presidente de la República italiana, Sandro Pertini, en el videomensaje de felicitación de final de año de 1978 y estas palabras todavía resuenan hoy con vibrante actualidad. Lamentablemente también en el 2020, año marcado por la pandemia que ha cambiado nuestras vidas, el gasto militar global aumentó un 2,6 % respecto a 2019, alcanzando los 1.981 millones de dólares. Así lo estableció el Instituto Internacional de Investigación para la Paz de Estocolmo (Sipri), revelando que la crisis sanitaria más grave de los últimos tiempos no ha frenado

el Informe global sobre la crisis alimentaria en 2021.

El 2020 ha marcado un trágico aumento, respecto al 2019, de más de 20 millones de personas en 55 países que se han encontrado en un estado de inseguridad alimentaria aguda. Esto significa que la carencia de alimento ha puesto en peligro la vida misma de las personas. La pandemia nos impone pensar en el futuro de la agricultura superando un modelo de producción en ventaja exclusiva de grupos reducidos y de una pequeña porción de la población mundial. Hemos visto que un enfoque orientado meramente en el «mercado» ha producido un aumento de la brecha no solo entre países menos desarrollados y

tados a gran escala y a largo plazo. El Papa ha invocado en reiteradas ocasiones, pensemos en el discurso en el encuentro interreligioso del 4 de febrero de 2019 y en el discurso en el encuentro de oración del 7 de octubre de 2021, la contribución de todos y cada uno para la «desmilitarización del corazón del hombre», para «extirpar el odio de los corazones y condenar toda forma de violencia». Esta es una invitación a denunciar toda forma de conflicto, «alimentado de ríos subterráneos de dinero», para que no quede en la sombra y para que se desenmascaren y condenen las injusticias.

El Santo Padre abogó también por convertir el estímulo en acciones concretas y generadoras de buenas obras, para combatir el hambre en el mundo y garantizar el desarrollo y la paz duradera. Por eso, el Papa ha pedido en repetidas ocasiones la creación de un «Fondo Mundial» (*Fratelli tutti*, n. 262 y mensaje para la Jornada mundial de la alimentación 2020) en el que confluya el dinero que se usa en las armas y en otros gastos militares, de forma que se elimine el hambre y contribuya al desarrollo de los países más pobres, añadiendo, en el mensaje para la 55ª Jornada mundial de la paz 2022, que «un proceso real de desarme internacional no puede sino causar grandes beneficios al desarrollo de pueblos y naciones, liberando recursos financieros que se empleen de manera más apropiada para la salud, la escuela, las infraestructuras y el cuidado del territorio». La invitación es invertir en la industria militar y convertir los recursos que se le destinan en sanidad y servicios para la colectividad. Se trata de una petición más que conferida, también realizada por organizaciones de la sociedad civil desde hace algún tiempo: *Rete Italiana para el desarme*, *Sbilanciamoci* y *Red de la paz* propone anualmente una campaña, *Global Campaign on Military Spending* (Gcoms), que cuenta con el apoyo internacional de *International Peace Bureau* (IPB), que tiene como objetivo reducir los fondos para nuevas armas asignados a los ministerios nacionales de Defensa y Desarrollo Económico y desviar el dinero ahorrado en las iniciativas destinadas a alcanzar los Objetivos de Desarrollo Sostenible de la Agenda 2030 de las Naciones Unidas.

Un reclamo que fue sostenido por el llamamiento de los 50 premios nobel y académicos, conocido como «Una simple y concreta propuesta para la humanidad». La idea de los estudiosos es la de convencer a los gobernantes a negociar un acuerdo global para la reducción de los gastos militares del 2% al año por un periodo de 5 años, de forma que se puede liberar un «dividendo de paz» que pueda hacer frente a los desafíos comunes.

Una iniciativa que pone en el centro un concepto fundamental: las amenazas globales requieren respuestas centradas en la cooperación internacional y sobre un enfoque multilateral.

Cada actor debe sentirse parte del proceso y estar dispuesta a dar el primer paso. Para emprenderla es necesario corroborar la certeza de que el objetivo de una paz duradera sólo se logrará si todas las naciones muestran la misma voluntad política de combatir el hambre y las hambrunas que aquejan a la humanidad, no las guerras.

la inversión en armamento. Sí, porque con la pandemia no solo salió a la luz la imposibilidad de asegurar una asistencia sanitaria para todos, sino la urgencia de repensar los sistemas estatales de bienestar, para que garanticen un acceso generalizado a tratamientos, medicamentos y vacunas, pero también a alimentos y bienes de primera necesidad, especialmente para las personas más frágiles.

Una mirada también rápida sobre la situación mundial pide un mayor compromiso en el sector agrícola no solo para reiniciar los sistemas de producción, sino también para poner el acento sobre el derecho de todo ser humano a ser nutrido conforme a sus propias necesidades. Se evidencia la necesidad de colocar en el centro de toda acción a la persona, ya sea sujeto del trabajo agrícola, operador económico o consumidor. Este enfoque nos permite considerar la estrecha relación entre agricultura, crecimiento económico, niveles de desarrollo y necesidades actuales y futuras de la población mundial.

La falta de una alimentación adecuada es un hecho demasiado presente en el mundo, que en algunos contextos se vuelve atroz en ausencia de una alimentación mínima para la subsistencia. Esto es lo que han demostrado las últimas investigaciones de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FaO) y del Programa Mundial de Alimentos (Wfp), que han sido publicadas en

aquellos en vía de desarrollo, sino también dentro de esos desarrollados entre los diferentes segmentos de la población. Todo esfuerzo debe estar encaminado a lograr que cada nación incremente sus recursos para lograr la autosuficiencia alimentaria. En un contexto similar, sin embargo, estamos comprobando cómo los países en situación de crisis van aumentando desde hace algunos años y asistimos a un deterioro de los conflictos: Yemen, Siria, área septentrional de Nigeria, Irak, Líbano, Oriente Medio, Afganistán, Sudán del Sur, República Democrática del Congo son algunas de las tierras más atormentadas, de los escenarios de conflictos sangrientos sobre los que el sucesor de Pedro, en el mensaje *Urbi et Orbi* de la Navidad 2021, impartió su bendición, para que llegue lo antes posible la paz y cesen las armas. Estamos viviendo lo que hace 7 años Francisco definió como una «guerra mundial a trozos».

El *Global Humanitarian Overview 2022*, publicado el 2 de diciembre pasado por la Oficina de las Naciones Unidas para la coordinación de los asuntos humanitarios (Unocha), advierte que el número de personas que en 2022 necesitarán ayudas humanitarias podría aumentar en un 17%: se trata de 274 millones de personas, en un mundo que está combatiendo la peor crisis de hambre de este siglo. Frente a la grave paradoja que estamos viviendo urgen iniciativas eficaces y que den resul-

La palabra y la escucha

ANDREA MONDA

Como en los años anteriores, el *Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales* es un texto rico en ideas que merecen ser desarrolladas y estudiadas en profundidad. Empezando por el tema central: la escucha, a la que este periódico dedicará especial atención como «palabra del año» para 2022. Basta pensar en el proceso sinodal que el Papa convocó en octubre y que la Iglesia universal está viviendo en esta primera fase que se centra fundamentalmente en la dimensión de la escucha.

Tras el «ir y ver» de 2021 y el «contar» de 2020, el Papa ha decidido «centrar la atención sobre otro verbo, «escuchar», decisivo en la gramática de la comunicación y condición para un diálogo auténtico», de ahí el título del texto: «Escuchar con los oídos del corazón». Ahora le toca el turno a la escucha, que es en realidad la presuposición, la condición que permite una buena comunicación: vivir la experiencia humana dentro de la realidad concreta de los hombres y luego contarla necesita oyentes, oídos dispuestos a escuchar, y el Papa dice, antes que oídos, corazones. Parafraseando la famosa frase del Principito podemos decir que: «Sólo se escucha bien con el corazón».

En su encíclica *Deus Caritas est*, Benedicto XVI, reflexionando sobre la actividad caritativa de la Iglesia, desarrolló un argumento que puede aplicarse eficazmente al tema de la comunicación, que también es una actividad caritativa: «La competencia profesional, pero por sí sola no basta. En efecto, se trata de seres humanos, y los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial. Cuantos trabajan en las instituciones caritativas de la Iglesia deben distinguirse por no limitarse a realizar con destreza lo más conveniente en cada momento, sino por su dedicación al otro con una atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de humanidad [...] La verdad es que no se puede promover la humanización del mundo renunciando, por el momento, a comportarse de manera humana. A un mundo mejor se contribuye solamente haciendo el bien ahora y en primera persona, con pasión y donde sea posible, independientemente de estrategias y programas de partido. El programa del cristiano —el programa del buen Samaritano, el programa de Jesús— es un «corazón que ve». Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia. (*Deus Caritas est*, n. 31).

No sólo ver, no sólo comunicar, también escuchar es una cuestión del corazón: «Escuchar, al fin y al cabo, es una dimensión del amor» dice el Papa que invita a adquirir un arte de comunicar que no es sólo una habilidad técnica: «Más que nunca necesitamos de hombres y mujeres que, desde su experiencia de acompañamiento, conozcan los procesos donde campea la prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad al Espíritu, para cuidar entre todos a las ovejas que se nos confían de los lobos que intentan disgregar el rebaño. Necesitamos ejercitarnos en el arte de escuchar, que es más que oír. Lo primero, en la comunicación con el otro, es la capacidad del corazón que hace posible la proximidad, sin la cual no existe un verdadero encuentro espiritual» (Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, 171).

Un cristiano lo sabe: el amor, como el coraje del que habla Manzoni, no viene de nosotros, sino de Dios, simplemente lo recibimos. Esto sucede de muchas maneras, en primer lugar mediante la escucha de su Palabra, y es una hermosa combinación temporal que el *Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales* se publique el día después del Domingo de la Palabra. Dios habla y el hombre escucha. «Efectivamente, la iniciativa es de Dios que nos habla, y nosotros respondemos escuchándolo», observa el Papa con una hermosa imagen: «también esta escucha, en el fondo, proviene de su gracia, como sucede al recién nacido que responde a la mirada y a la voz de la mamá y del papá».

Escuchar es un don, una gracia. Encerrada en el campo de concentración, Etty Hillesum reflexiona que la voz de Dios llega de mu-

chas maneras, a través de sus propios pensamientos pero también de las palabras de los demás, y que lo crucial es dar cabida a esta voz: «Mi vida es una escucha ininterrumpida dentro de mí y de los demás de la voz de Dios. Y cuando digo que escucho en mi interior, en realidad es Dios quien escucha en mi interior. La parte más esencial y profunda de mí escucha la parte más esencial y profunda del otro. Dios a Dios».

Para el cristiano, la comunicación es ante todo comunión, con Dios y, por tanto, con sus hermanos. Si existe esta vida de comunión, esta fuente, entonces la comunicación vendrá como consecuencia, fluirá naturalmente porque la Palabra, como dijo ayer el Papa en su homilía, «nos revela a Dios» y «nos lleva al hombre».

La cruz, símbolo del cristianismo, tiene dos brazos, el vertical y el horizontal, unidos, sostenidos por un vínculo indisoluble para significar la unidad inseparable del amor hacia Dios y hacia los demás, hacia los hermanos. El segundo amor es, en cierto modo, una verificación del primero, de modo que la Palabra, que nos revela el misterio del Padre, no puede dejar de conducirnos a nuestros hermanos, y el modo en que nos comportamos con ellos es la prueba de nuestra relación con Dios. La escucha de la Palabra, que nos sacude del letargo de una vida egocéntrica, nos abre a la escucha de las palabras de los demás, a condición de que les dejemos espacio, pues de lo contrario corremos el riesgo de quedarnos cerrados, incluso ante el Otro en el que decimos creer. El Papa nos lo recuerda citando al teólogo protestante Dietrich Bonhoeffer, quien en su ensayo *La vida común* afirma que «el primer servicio que debemos a los demás en la comunión es escucharlos. Quien no sabe escuchar a su hermano, pronto tampoco podrá escuchar a Dios». Escuchar, por lo tanto, significa «exponerse», sabiendo (y aceptando) que esto puede cambiar nuestras vidas. El Papa lo dijo claramente en su homilía del Domingo de la Palabra, subrayando cómo esta Palabra «nos impulsa a salir fuera de nosotros mismos para ponernos en camino al encuentro de los hermanos con la única fuerza humilde del amor liberador de Dios [...] La Palabra de Dios nos cambia. Y lo hace penetrando en el alma como una espada (cf. *Hb* 4,12). Porque, si por una parte consuela, revelándonos el rostro de Dios, por otra parte provoca y sacude, mostrándonos nuestras contradicciones y poniéndonos en crisis. No nos deja tranquilos, si quien paga el precio de esta tranquilidad es un mundo desgarrado por la injusticia y el hambre, y quienes sufren las consecuencias son siempre los más débiles. Siempre pagan los más débiles [...] La Palabra de Dios nos invita a salir al descubierto, a no escondernos detrás de la complejidad de los problemas, detrás del «no hay nada que hacer» o del «¿qué puedo hacer yo?» o del «es un problema de ellos o de él». Nos exhorta a actuar, a unir el culto a Dios y el cuidado del hombre. Porque la Sagrada Escritura no nos ha sido dada para entretenernos, para mimarnos en una espiritualidad angélica, sino para salir al encuentro de los demás y acercarnos a sus heridas. Hablé de rigidez, de ese pelagianismo moderno, que es una de las tentaciones de la Iglesia. Y buscar una espiritualidad angélica, es la otra tentación de hoy: los movimientos espirituales gnósticos, el gnosticismo, que te ofrece una Palabra de Dios que te pone «en órbita» y no te deja tocar la realidad. La Palabra que se ha hecho carne (cf. *Jn* 1,14) quiere encarnarse en nosotros. No nos aleja de la vida, sino que nos introduce en la vida, en las situaciones de todos los días, en la escucha de los sufrimientos de los hermanos, del grito de los pobres, de la violencia y las injusticias que hieren la sociedad y el planeta, para no ser cristianos indiferentes sino laboriosos, cristianos creativos, cristianos proféticos». Por lo tanto, para un cristiano, comunicar no es un «entretimiento», sino que siempre significa entrar en una dimensión profética. Los que han escuchado la Palabra con el corazón se ven afectados y cambiados por ella, y entonces se implican, utilizando sus palabras para colaborar en la humanización del mundo. Y todo parte de nuestra capacidad de hacer espacio en nuestro corazón para recibir la gracia de la escucha.



La catequesis dedicada a san José

Una comunidad de santos unida en la tierra y en el Cielo



«San José y la comunión de los santos»: es el tema de la catequesis pronunciada por el Papa Francisco en la audiencia general de la mañana del miércoles 2 de febrero, en el Aula Pablo VI. Prosiguiendo el ciclo de reflexiones dedicadas al esposo de María, el Pontífice contó que recita cada día, desde hace más de 40 años, una oración al santo, encontrada en un libro de las Hermanas de Jesús y de María, del 1700.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En estas semanas hemos podido profundizar en la figura de San José dejándonos guiar por las pocas, pero importantes noticias que dan los Evangelios, y también por los aspectos de su personalidad que la Iglesia a lo largo de los siglos ha podido evidenciar a través de la oración y la devoción. A partir precisamente de este “sentir común” que en la historia de la Iglesia ha acompañado la figura de san José, hoy quisiera detenerme sobre un importante artículo de fe que puede enriquecer nuestra vida cristiana y puede también enfocar de la mejor forma nuestra relación con los santos y con nuestros seres queridos difuntos: hablo de la comunión de los santos.

Muchas veces decimos, en el Credo, “creo en la comunión de los santos”. Pero si se pregunta qué es la comunión de los santos, yo recuerdo que de niño respondía enseguida: “Ah, los santos hacen la comunión”. Es una cosa que... no entendemos qué decimos. ¿Qué es la comunión de los santos? No es que los Santos hagan la comunión, no es esto: es otra cosa.

A veces también el cristianismo puede caer en formas de devoción que parecen reflejar una mentalidad más pagana que cristiana. La diferencia fundamental está en el hecho de que nuestra oración y nuestra devoción del pueblo fiel no se basa, en esos casos, en la confianza en un ser humano, o en una imagen o en un objeto, incluso cuando sabemos que son sagrados. Nos recuerda el profeta Jeremías: «Maldito sea aquel que fía en hombre [...]. Bendito sea aquel

que fía en Yahveh» (17,5-7). Incluso cuando nos encomendamos plenamente a la intercesión de un santo, o más aún de la Virgen María, nuestra confianza tiene valor solamente en relación con Cristo. Como si el camino hacia este santo o la Virgen no terminara ahí: no. Va ahí, pero en relación con Cristo. Cristo es el vínculo que nos une a Él y entre nosotros que tiene un nombre específico: esta unión que nos une a todos, entre nosotros y nosotros con Cristo, es la “comunión de los santos”. No son los santos los que realizan los milagros, ¡no! “Este santo es muy milagroso...”: no, detente: los santos no realizan milagros, sino solamente la gracia de Dios que actúa a través de ellos. Los milagros han sido hechos por Dios, por la gracia de Dios que actúa a través de una persona santa, una persona justa. Esto es necesario tenerlo claro. Hay gente que dice: “Yo no creo en Dios, pero creo en este santo”. No, está equivocado. El santo es un intercesor, uno que reza por nosotros y nosotros le rezamos, y reza por nosotros y el Señor nos da la gracia: el Señor actúa a través del Santo.

¿Qué es la “comunión de los santos”? El Catecismo de la Iglesia Católica afirma: «La comunión de los santos es precisamente la Iglesia» (n. 946). ¡Pero mira qué bonita definición! “La comunión de los santos es precisamente la Iglesia”. ¿Qué significa esto? ¿Qué la Iglesia está reservada a los perfectos? No. Significa que es la comunidad de los pecadores salvados. La Iglesia es la comunidad de los pecadores salvados. Es bonita esta definición. Nadie puede excluirse de la Iglesia, todos somos pecadores salvados. Nuestra santidad es el fruto del amor de Dios que se ha manifestado en Cristo, el cual nunca separarnos verdaderamente de aquellos que amamos santifica amándonos en nuestra miseria y salvándonos de ella. Siempre gracias a Él nosotros formamos un solo cuerpo, dice san Pablo, en el que Jesús es la cabeza y nosotros los miembros (cf. 1 Cor 12,12). Esta imagen del cuerpo de Cristo y la imagen del cuer-

po nos hace entender enseguida qué significa estar unidos: «Si sufre un miembro —escribe San Pablo— todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte de su gozo. Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte» (1 Cor 12,26-27). Esto dice Pablo: todos somos un cuerpo, todos unidos por la fe, por el bautismo, todos en comunión: unidos en comunión con Jesucristo. Y esta es la comunión de los santos.

Queridos hermanos y queridas hermanas, la alegría y el dolor que tocan mi vida concierne a todos, así como la alegría y el dolor que tocan la vida del hermano y de la hermana junto a nosotros me concierne a mí. Yo no puedo ser indiferente a los otros, porque todos somos parte de un cuerpo, en comunión. En este sentido, también el pecado de una única persona concierne siempre a todos, y el amor de cada persona concierne a todos. En virtud de la comunión de los santos, de esta unión, cada miembro de la Iglesia está unido a mí de forma profunda —pero no digo a mí porque soy el Papa— estamos unidos recíprocamente y de forma profunda, y esta unión es tan fuerte que no puede romperse ni siquiera por la muerte. De hecho, la comunión de los santos no concierne solo a los hermanos y las hermanas que están junto a mí en este momento histórico, sino que concierne también a los que han concluido su peregrinación terrena y han cruzado el umbral de la muerte. También ellos están en comunión con nosotros. Pensemos, queridos hermanos y hermanas: en Cristo nadie puede nunca separarnos verdaderamente de aquellos que amamos porque la unión es una unión existencial, una unión fuerte que está en nuestra misma naturaleza; cambia solo la forma de estar junto a cada uno de ellos, pero nada ni nadie puede romper esta unión. “Padre, pensemos en aquellos que han renegado de la fe, que

son apóstatas, que son los perseguidores de la Iglesia, que han renegado su bautismo: ¿también estos están en casa?”. Sí, también estos, también los blasfemos, todos. Somos hermanos: esta es la comunión de los santos. La comunión de los santos mantiene unida la comunidad de los creyentes en la tierra y en el Cielo.

En este sentido, la relación de amistad que puedo construir con un hermano o una hermana junto a mí, puedo establecerla también con un hermano o una hermana que están en el Cielo. Los santos son amigos con los que muy a menudo tenemos relaciones de amistad. Lo que nosotros llamamos devoción —yo soy muy devoto a este santo, a esta santa— es en realidad una forma de expresar el amor a partir precisamente de este vínculo que nos une. También en la vida de todos los días se puede decir: “Pero, esta persona tiene mucha devoción por sus ancianos padres”: no, es una forma de amor, una expresión de amor. Y todos nosotros sabemos que a un amigo podemos dirigirnos siempre, sobre todo cuando estamos en dificultad y necesitamos ayuda. Y nosotros tenemos amigos en el cielo. Todos necesitamos amigos; todos necesitamos relaciones significativas que nos ayuden a afrontar la vida. También Jesús tenía a sus amigos, y a ellos se ha dirigido en los momentos más decisivos de su experiencia humana. En la historia de la Iglesia hay constantes que acompañan a la comunidad creyente: ante todo el gran afecto y el vínculo fortísimo que la Iglesia siempre ha sentido en relación con María, Madre de Dios y Madre nuestra. Pero también el especial honor y afecto que ha rendido a san José. En el fondo, Dios le confía a él lo más valioso que tiene: su Hijo Jesús y la Virgen María. Es siempre gracias a la comunión de los santos que sentimos cerca de nosotros a los santos y a las santas que son nuestros patronos, por el nombre que tenemos, por ejemplo, por la Iglesia a la que pertenecemos,

por el lugar donde vivimos, etc., también por una devoción personal. Y esta es la confianza que debe animarnos siempre al dirigirnos a ellos en los momentos decisivos de nuestra vida. No es algo mágico, no es una superstición, la devoción a los santos; es simplemente hablar con un hermano, una hermana que está delante de Dios, que ha recorrido una vida justa, una vida santa, una vida ejemplar, y ahora está delante de Dios. Y yo hablo con este hermano, con esta hermana y pido su intercesión por mis necesidades.

Precisamente por esto me gusta concluir esta catequesis con una oración a san José a la que estoy particularmente unido y que recito cada día desde hace más de 40 años. Es una oración que encontré en un libro de oraciones de las Hermanas de Jesús y María, del 1700, finales del siglo XVIII. Es muy bonita, pero más que una oración es un desafío a este amigo, a este padre, a este custodio nuestro que es san José. Sería bonito que vosotros aprendierais esta oración y pudierais repetirla. La leeré: “Glorioso patriarca san José, cuyo poder sabe hacer posibles las cosas imposibles, ven en mi ayuda en estos momentos de angustia y dificultad. Toma bajo tu protección las situaciones tan graves y difíciles que te confío, para que tengan una buena solución. Mi amado Padre, toda mi confianza está puesta en ti. Que no se diga que te haya invocado en vano y, como puedes hacer todo con Jesús y María, muéstrame que tu bondad es tan grande como tu poder”. Y termina con un desafío, esto es desafiar a San José: “porque tú puedes hacer todo con Jesús y María, muéstrame que tu bondad es tan grande como tu poder”. Yo me encomiendo todos los días a san José, con esta oración, desde hace más de 40 años: es una vieja oración.

Adelante, ánimo, en esta comunión de todos los santos que tenemos en el cielo y en la tierra: el Señor no nos abandona.

Al finalizar la catequesis el Papa invitó a rezar por una persona que poco antes había iniciado a gritar dentro del Aula, después saludó a los grupos lingüísticos presentes, lanzó un llamamiento por Myanmar y recordó que el 4 de febrero se celebra la segunda Jornada mundial de la fraternidad humana y se abren en Pekín los Juegos Olímpicos de Invierno. La audiencia concluyó con el canto del Pater Noster y la bendición apostólica.

Hemos oído, hace algunos minutos, a una persona que gritaba, gritaba, que tenía algún problema, no sé si físico, psíquico, espiritual: pero es un hermano nuestro con un problema. Yo quisiera terminar rezando por él, nuestro hermano que sufre, pobrecillo: si gritaba es porque sufre, tiene alguna necesidad. No debemos estar sordos a la necesidad de este hermano. Rezamos juntos a la Virgen por él: Dios te salve María...

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos la intercesión de san José, Patriarca Glorioso, para

que venga en nuestro auxilio y tome bajo su protección las situaciones dolorosas de nuestra vida. Que Dios los bendiga. Desde hace ya un año, asistimos con dolor a la violencia que ensangrienta Myanmar. Hago mío el llamamiento de los obispos birmanos para que la comunidad internacional trabaje por la reconciliación entre las partes interesadas. No podemos mirar hacia otro lado ante los sufrimientos de tantos hermanos y hermanas. Pidamos a Dios, en oración, consuelo para esa población atormentada; a Él encomendamos los esfuerzos por la paz.

Pasado mañana, 4 de febrero, se celebrará la Segunda Jornada Internacional de la Fraternidad Humana. Es motivo de satisfacción que las Naciones de mundo entero se unan en esta celebración, dirigida a promover el diálogo interreligioso e intercultural, como deseado también en el Documento sobre la fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común, firmado el 4 de febrero de 2019 en Abu Dabi por el Gran Imán de Al-Azhar, Ahmad Al-Tayyib y por mí. Fraternidad quiere decir tender la mano a los otros, respetarlos y escucharlos con corazón abierto. Deseo que se cumplan pasos concretos, junto a los creyentes de otras religiones y a las personas de buena voluntad, para afirmar que hoy es tiempo de fraternidad, evitando alimentar enfrentamientos, divisiones y cierres. Recemos y trabajemos cada día para que todos puedan vivir en paz como hermanos y hermanas.

Están a punto de inaugurarse en Pekín los Juegos Olímpicos y Paralímpicos de Invierno, respectivamente el 4 de febrero y el 4 de marzo. Dirijo de corazón mi saludo a todos los participantes; deseo a los organizadores el mejor éxito y a los atletas dar lo mejor de sí. El deporte, con su lenguaje universal, puede construir puentes de amistad y de solidaridad entre personas y pueblos de cualquier cultura y religión. He apreciado, por tanto, que al histórico lema olímpico Citiús, Altíus, Fortius —Más rápido, más alto, más fuerte— el Comité Olímpico Internacional haya añadido la palabra Communiter, es decir Juntos, para que los Juegos Olímpicos hagan crecer un mundo más fraterno.

Con un pensamiento particular abrazo a todo el mundo paralímpico. La medalla más importante la venceremos juntos si el ejemplo de los atletas con discapacidad ayudará a todos a superar prejuicios y temores y hacer que nuestras comunidades se vuelvan más acogedoras e inclusivas. ¡Esta es la verdadera medalla de oro! Además, sigo con atención y emoción las historias personales de atletas refugiados. Que sus testimonios contribuyan a animar a las sociedades civiles a abrirse cada vez con más confianza en todos, sin dejar a nadie atrás. A la gran familia olímpica y paralímpica deseo vivir una experiencia única de fraternidad humana y de paz. ¡Bienvenidos los que trabajan por la paz! (Mt 5,9).